



VUELTA DE TUERCA

Clásico llenazo de «no hay billetes», expectación, ilusiones y, al final, decepción en el festejo que abrió la temporada taurina de Sevilla¹³.

NUESTRA CIUDAD ES UNO de los lugares del planeta en el que mejor se siente el peso de las tradiciones. El Domingo de Resurrección en la Real Maestranza es una cita con lo ya vivido, pues una tradición se puede considerar una costumbre que, a base de ser repetida, se acoge con ilusión y esperanza.

Como el hombre es un ser de costumbres siempre habrá algunas que nos gusten más que otras, de ahí que los padres de las tradiciones, entre ellos se encuentran algunos vecinos de Híspalis, hayan marcado con lápiz de color rojo en el calendario un día como el de ayer.

La marabunta de personas que va a los toros puede sorprender a más de uno. Para aquél que no entienda de toros —los hay que son legión, sobre todo en días como el de ayer— creen que la calle Iris es la procesión de los

¹³ Domingo 12 de abril de 1998. Se lidiaron toros de Torrealta, desiguales de presencia y descastados. Curro Romero, silencio y silencio. Enrique Ponce, saludos desde el tercio y silencio. Francisco Rivera Ordóñez, silencio y silencio. La plaza colocó el no hay billetes en tarde agradable y algo ventosa.

disciplinantes. Al iniciado no le asusta ver tanto respetable descarriado, por lo que apuesta por el traje más espectacular y la ostentación gratuita, que se consigue además con ampulosas gafas de sol e intentar aparcar el coche en la puerta de la plaza.

Se trata en principio de tomar un café y esperar, como buen cazador, a que la anécdota surja de forma espontánea. Una pareja observó el deambular de aficionados una hora antes de que sonaran los clarines. Ella preguntó: «¿Señor, qué lleva usted en el bolsillo de la americana?». El transeúnte respondió con cara de asombro: «Una mata de romero». El que esto escribe espera con ansiedad la respuesta del currista: «Señorita, esto se pone aquí porque uno de los toreros de hoy se apellida Romero». Antes de que la inquisitiva señora se quedase igual surgió la respuesta que todos deseábamos: «Esto es un símbolo».

De símbolo y filosofía se podría llenar la Enciclopedia Británica, y todavía habría sitio para varios apéndices. Ya dentro de la calle Circo se escuchaban en voz baja frases surrealistas: «Tengo dos sombras». Un poco más allá: «No me queda nada de sol». Al lado se encontraba un japonés que miraba con cara de asombro. La filosofía popular no sabe de nacionalidades.

Los madrileños también peregrinan al coso del Baratillo. Los modismos capitalinos son inconfundibles. Más tarde llegan las comparaciones entre plazas y aficiones. «Esto en Madrid no pasaría», así suele hacerse la frase, o «¡vamos, por cosas como las de hoy sale la policía con los escudos antidisturbios!». Aquí la sangre no llega al río, por eso se mira de reojo al espectador que dice esas palabras y se sigue con las tradiciones.

Tampoco hay explicación posible para la cantidad de personas que giran alrededor de la Puerta del Príncipe como si se tratara de un carrusel. Tal vez es la piedra de la Kaaba, cuyo misterio consiste en ser tocada por el mayor número posible de personas. Entre tantas preguntas se apura el momento idóneo de entrar a la plaza y tomar asiento.

La tradición exige una vuelta de tuerca más: apretujarse unos con otros en localidades reducidísimas. El truco es sacar la libreta y apuntar todo lo que pase delante de nuestras narices.

Sonó un móvil. Otra costumbre que se ha instalado en los tendidos. Se oyen pitos y silbidos de desaprobación. Un espectador comentó: «¡Cuidado con los grillos!». Muy cerca alguien dijo: «¡Ya está bien hombre, vaya por dios con el aparatito!». Parece como si alguien pusiese un despertador para no dormirse durante la corrida. La pregunta que viene inmediatamente

después es quién tendrá ganas de llamar a la plaza si no está sucediendo nada. En días de emoción no se oye ningún teléfono, casualidad. La moda de fardar con el móvil en el bolsillo de la chaqueta ya pasó a mejores tiempos, pero siempre habrá algún rezagado. La cantinela nos acompañará hasta el *lunes de resaca*.

Acabó el festejo. No se cabía por la escalera. Se espera ya otra cita con la Real Maestranza para divertirse a manos llenas. La tradición pesa como una losa. ¿Y en la corrida ha pasado algo? Pues nada, como se puede comprobar. Se trata de una vuelta de tuerca de la tradición. A fin de cuentas el año pasado ocurrió lo mismo. ¿Tradición?

LUNES 20 DE ABRIL DE 1998





SOBRE EL OFICIO DE TORERO

El diestro José Antonio Campuzano volvió a la Maestranza para dictar una lección de capacidad y buen hacer ante unos toros deslucidos¹⁴.

DICEN LOS TAURINOS QUE HASTA de una mala corrida se aprende. Discrepo algo. De un festejo que transcurre entre bostezos se extrae una conclusión tajante: un capítulo que hay que borrar cuanto antes de la memoria. De todas formas, en una tarde de toros como la de ayer y con muchos festejos encima, se rastrean pequeños indicios que nos llevan a la esencia de la Fiesta, la piedra filosofal que nos abre la puerta de atrás de la Tauromaquia con mayúsculas.

El aburrimiento, entendido como una actitud del alma y no como una militancia, se extiende por los tendidos de la Real Maestranza en más ocasiones de las que se pueden entender como normal para el más lego.

¹⁴ Lunes 20 de abril de 1998. Se lidiaron cinco toros de Sánchez Ybargüen, descastados, y un sobrero de Gabriel Rojas, noble. José Antonio Campuzano, saludos desde el tercio y ovación. Fernando Cepeda, silencio y silencio. Pedrito de Portugal, palmas y silencio. La plaza registró menos de tres cuartos de entrada en tarde muy agradable.

¿Qué se puede hacer entonces? Poca cosa, me dirán. El cronista apunta notas melancólicas, el aficionado discute con el vecino de localidad las ilusiones que se reservan para otras tardes y el público en general —que en un día como el de ayer escaseaba— juega con las distintitas combinaciones tonales del teléfono móvil, un deporte muy de moda en estos tiempos tan tecnificados.

Con la preferia ahuecan el ala los aficionados de clavel. Los tendidos recuperan la normalidad y los aficionados, esa especie en vías de desaparición, dejan sentir su presencia con la ovaciones precisas y cadenciosas.

Por eso, en un festejo como el de ayer, en el que se está en familia, se puede sacar provecho de lo más insospechado. Bien es verdad que algo se aprende, pero hay que tener el bagaje necesario como para apreciar en qué consiste eso del oficio del matador de toros, pongamos por caso la corrida de ayer.

Apareció en la plaza José Antonio Campuzano. Después de unos meses de duras cavilaciones taurinas, decidió volver a los ruedos para celebrar sus ya lejanos en el tiempo veinticinco años de su alternativa. En dos faenas nos lo dijo todo. Nadie fue capaz de escucharle ni una sola palabra, pero el caso es que dictó una lección de torería.

A veces, hablando de toros, los conceptos siguen los senderos del método científico, esto es, que son relativos, que necesitan del contraste de varias fuentes, en este caso, aficionados. Se podrían resumir de la siguiente forma: «No pasó nada, otro día será». Según otro punto de vista, se podría concluir: «Lo poco, a veces, es mucho». Es un contrasentido, pero con José Antonio Campuzano se puede invertir la norma. El diestro llevó el primer toro al caballo y sonaron añejas palmas de tauromaquia pretérita. Era tan sólo un detalle, pero que sabía a gloria. De ahí se puede colegir algo semejante para sus dos actuaciones, en especial, con el cuarto de la tarde.

Ya metido en faena dictó una lección de colocación y saber estar. Manejó los engaños de forma incólume y hacía ver al respetable que lo difícil se hace fácil (otro principio que podrán argumentar los amantes de los silogismos). El oficio es una cualidad que se gana con los años. Si en esa trayectoria se ha mandado, es porque se llevan cuarenta años en activo y parecer que llevan en esto quince minutos. Por oficio se entiende el sedimento dejado por el paso de los años, preñados de triunfos y percances, por llegar a cumplir además de manera fiel aquello que dijo en una ocasión Francisco Montes *Paquiro*: «El verdadero valor es aquel que nos mantiene delante del toro con la misma serenidad que tenemos cuando no está presente».

Algunos dirán que no ha podido llevarse en la retina un saco de orejas. Es cierto, pero en los toros lo pequeño puede ser grande, lo grande se transforma en pequeño, y hasta una lección de personalidad torera pasa desapercibida a los ojos del gran público. Después de esta argumentación post-festejo creo que siempre se aprende de aquello que queramos aprender. No todos los días se puede contemplar una lección de oficio torero de un diestro de la tierra que responde al nombre de José Antonio Campuzano, y que lleva un cuarto de siglo vestido de luces, permítanme la metonimia apresurada.

MARTES 21 DE ABRIL DE 1998

